



José Luis Lanuza



Las máscaras de Don Francisco de Quevedo

El 8 de septiembre de 1645 murió don Francisco de Quevedo en Villanueva de los Infantes. Tres siglos después, su nombre es uno de los más vivientes de la literatura castellana. Sin duda el más viviente, junto al de Cervantes, aunque sin llegar a convertirse, como el del autor del *Quijote*, en un tópico vulgar de la gacetilla o la oratoria. «El armonioso idioma de Cervantes» del lugar común, no es, por cierto, el de, Quevedo, lleno de intensidad, de sorpresa, de pasión y de explosiva travesura.

Para nuestra imaginación es una tarea difícil, si no imposible, inmovilizar a Quevedo en una imagen única que lo represente en lo más característico de su vida. Quevedo fue hombre de muchos rostros, o de muchas máscaras, y la que más persiste en el recuerdo común es la sonriente y apicarada. Rubén Darío, en un soneto famoso, lo coloca en la compañía de los poetas risueños: «Quevedo, -40- cuyo cáliz licor jovial rebosa»... Para muchísimas personas Quevedo es, más que otra cosa, el protagonista de algunos chascarrillos picantes.

Hombre múltiple, erudito y espadachín, consejero de gobernantes, frecuentador de textos hebreos, griegos y latinos, versificador en el dialecto de los bajos fondos, caballero de la Orden de Santiago, con su cruz roja en el pecho, sufridor de prisiones, miembro de cofradías religiosas y de academias literarias, distribuidor de bufonadas

manuscritas que se cuchichean y comentan por los corrillos, señor de un lugarejo, la torre de Juan Abad, donde pleitea continuamente con sus súbditos, visitador del palacio y del hampa, estudiante en Alcalá y conspirador en Venecia, el verdadero Quevedo nos resulta mucho más complicado que la imagen con que quiere abarcarlo la falta de memoria colectiva.

Don Francisco de Quevedo pasea su miopía y su renguera por varias ciudades de España e Italia. Su miopía se corrige con sus grandes anteojos, sus quevedos, que toman de él su nombre para siempre, y tal vez son ellos los que le dan tanta lucidez y penetración de mirada, los que le facilitan una visión microscópica y profunda del universo, los que le descubren el doble fondo de las cosas.

-41-

Su renguera se disimula con una larga capa y no le impide ser buen espadachín, hasta el punto de poder vencer en un asalto al célebre maestro Pacheco de Narváez, que se convertirá toda la vida en su más encarnizado enemigo. La renguera más bien le comunica cierto descaro provocativo. Así, en la «Sátira a una dama», describiendo simultáneamente las calidades de ella y las de él, le dice:

Como tu voluntad tengo una pata,
torcida para el mal...

Su talento se desparrama en las direcciones más opuestas. Escribe centenares de poemas de amor, algunos seguramente sinceros, letrillas satíricas, romances disparatados, poesías de intención religiosa o moral; intenta un gran poema épico-burlesco y una novela picaresca, traduce del hebreo el *Libro de Job*, los trenos de Jeremías y el *Cantar de los cantares*, del griego los versos atribuidos a Anacreonte, los de Focílides y las máximas de Epicteto, del latín a Séneca, del francés, la *Introducción a la vida devota*, de San Francisco de Sales; imita los epigramas de Marcial y los Salmos de David, finge Sueños en los que manda a todo el mundo al infierno, concluye extensos comentarios teológicos, filosóficos y políticos, y escribe aquel llamamiento al rey, puesto, -42- según se cuenta, bajo la servilleta de Felipe IV, «católica, sacra y real magestad», una de las más contundentes sátiras políticas que se hayan escrito:

A cien reyes juntos nunca ha tributado
España las sumas que a vuestro reinado.
Ya el pueblo doliente llega a recelar
no le echen gabelas sobre el respirar...
Un ministro, en paz, se come de gajes
más que en guerra pueden gastar diez linajes...
No es bien que en mil piezas la púrpura sobre
si todo se tiñe de sangre del pobre...
Del mérito propio sale el resplandor

y no de la tinta del adulador.
La fama, ella misma, si es digna, se canta:
no busca en ayuda algazara tanta.
Contra lo que vemos quieren proponernos
que son paraísos los mismos infiernos.
Las plumas compradas, a Dios jurarán
que el pelo es regalo y la piedra es pan...

Deliberadamente no he propuesto una clasificación ordenada ni completa de las obras de Quevedo para que nadie se imagine en él una serie de compartimientos estancos, sino más bien un caos de naipes bien barajado, de cuyas pintadas figuras se iba descartando en todas direcciones.

Sin duda don Francisco creyó que de todo ese revoltijo de papeles escritos, los que le iban a granjear el respeto de sus contemporáneos eran los de apariencia seria, llenos de citas de clásicos y de padres -43- de la Iglesia, *El tratado de la inmortalidad del alma*, la *Política de Dios* o la *Vida de Marco Bruto*. De esta última obra, publicada el año anterior a su muerte, en la que, glosando a Plutarco, intenta dar consejos a los reyes (y en una de sus páginas puede leerse «Del rey, que es cabeza, son miembros los vasallos. Cuando los vasallos se quejan, el rey les duele»). Quevedo se mostraba muy satisfecho. «Si todo lo que he escrito -dice en la dedicatoria- ha sido defectuoso, esto es lo menos malo. Si algo ha sido razonable, esto es mejor».

La posteridad, que no siempre está de acuerdo con los autores que celebra, prefirió encontrar más genialidad en los papeles sueltos que durante mucho tiempo Quevedo no se resolvió a imprimir: las *Cartas del Caballero de la Tenaza*, las *Premáticas y aranceles generales*, los *Sueños*, *La culta latiniparla*, la *Historia de la vida del buscón llamado don Pablos*, el *Discurso de todos los diablos* y *La hora de todos y Fortuna con seso...*

En esa obra fragmentaria y nerviosa, construida a puro impulso vital y no para recabar el aplauso de los eruditos, don Francisco nos dio la más original versión de sí mismo. A través de los quevedos el mundo se le muestra como al trasluz. Su aproximación -44- a las cosas es tan imperiosa que la realidad, sorprendida en una perspectiva nueva, parece increíble y casi mágica. La mirada de Quevedo se fija donde otra mirada cualquiera aflojaría, distraída. Quevedo se detiene en la tenaz observación de la tontería y la hipocresía humanas. Sus ojos, convertidos en rayos X, ven más allá de las apariencias, ven «el mundo por de dentro» o lo que sucede «por debajo de la cuerda».

Quevedo, contemplador de locuras y tonterías, se divierte con parodias de reforma y legislación de las costumbres. De ahí sus *Premáticas*. Ya es la Razón la que legisla contra «la perversa necesidad», ya el Desengaño contra los poetas vacíos, ya el Tiempo contra toda locura humana.

A Quevedo no se le escapan los menores gestos o ademanes de la tontería. Ve a los que van hablando solos por la calle, a los que van pisando, cuidadosamente, la juntura de las baldosas; a los que, sacando la mano por debajo de la capa, arrastran sus dedos por las paredes; a los que, jugando a los bolos, intentan corregir el rumbo de la bola ya lanzada torciendo el cuerpo; a los que mientras cortan algo con unas tijeras sacan la lengua para hacerlo con más cuidado, a los que brujulean mucho los -45- naipes, sabiendo que no por esa operación se han de pintar o despintar sus figuras; a los que al encontrarse con un amigo le preguntan si está vivo, a los que miran con enojo a la piedra en que han tropezado...

El mundo que contempla Quevedo está explorado por miradas penetrantes que no retroceden nunca ante la tontería ni ante la fealdad. Su fría aproximación a esta última supera toda repugnancia. Y como su mundo es tan vasto, necesita toda clase de palabras para nombrarlo. Tal vez nadie habló tan bien en castellano como don Francisco, sin olvidar lo que a veces tiene de mal hablado.

Sus palabras siempre son vivientes, exactas, irremplazables y algunas, aunque recién acuñadas por él, quedaron para siempre grabadas en el idioma. Él, que vigilaba, implacable, la vitalidad de las suyas, no podía dejar de burlarse de las palabras mortecinas y borrosas, hechas de lugares comunes y de haraganería mental, del habla habitual de mucha gente. Y escribió el *Cuento de cuentos*, especie de antología de frases indecisoras; y también muchas diatribas contra Góngora y los culteranos, como *La culta latiniparla*. Ahí ridiculizaba «la platería de los cultos» (de donde él no había salido -46- sin comprar) con sur, cristales fugitivos, campos de zafir, margen de esmeralda, gargantas de plata, trenzas de oro, labios de coral... «aunque los poetas hortelanos -dice- todo esto lo hacen de verduras, atestando los labios de claveles, las mejillas de rosas y azucenas, el aliento de jazmines. Otros poetas hay charquías -agrega- que todo lo hacen de nieve y de hielo, y están nevando de día y de noche, y escriben una mujer puerto, que no se puede pasar sin trineo y sin gabán y bota: manos, frente, cuello, pecho y brazos, todo es perpetua ventisca y un Moncayo».

La prosa y el verso de Quevedo muchas veces tienden a incitar a la risa. Pero Quevedo ¿es un poeta risueño?

Cervantes sí, parece mirar a la vida con una sonrisa. (Una sonrisa de hombre comprensivo, un poco cansado y un poco triste). Pero la carcajada de Quevedo nunca, casi nunca, denuncia una alegría íntima. Más parece un desahogo de la desesperación que está, exactamente, en la frontera del sollozo.

Ya en una de sus primeras letrillas Quevedo canturrea:

-47-

Las cuerdas de mi instrumento
ya son en mis soledades
locas en decir verdades,
con voces de mi tormento...

No se crea que eso de «mi tormento» es un ripio. Pocos versos más adelante volverá a hablar del «llanto que vierte mi pasión loca»...

Esa locura de decir la verdad, de buscar la verdad, siempre llevando de consejeros al Tiempo y al Desengaño, puede acercarlo a un espectáculo ridículo del mundo, pero no alegre. Quevedo, fabricante de chistes y de letrillas, en ningún momento se olvida de la fugacidad de todo, de la nada de todo. Él, traductor de tantas lenguas, parece tener de pisapapeles una calavera, como el patrono de los traductores, San Jerónimo.

Pero aunque no lo tuviera no podría olvidarse de ella. En el último de sus sueños, *El sueño de la muerte*, que luego, por escrúpulos que entonces tendrían explicación, rebautizó como *Visita de los chistes*, se le presenta una extraña figura que dice ser la Muerte.

-Yo no veo señas de la muerte -le contesta él- porque allá nos la pintan como huesos descarnados con su guadaña.

Y la muerte le explica:

-48-

-«Eso no es la muerte, sino los muertos o lo que queda de los vivos. Esos güesos son el dibujo sobre el que se labra el cuerpo del hombre. La muerte no la conocéis, y sois vosotros mismos vuestra muerte: tiene la cara de cada uno de vosotros y todos sois muertos de vosotros mismos. La calavera es el muerto y la cara es la muerte; y lo que llamáis morir es acabar de morir, y lo que llamáis nacer es empezar a morir, y lo que llamáis vivir es morir viviendo, y los huesos es lo que de vosotros deja la muerte y lo que le sobra a la sepultura».

Quevedo, el risueño, el jovial Quevedo, no se cansará de repetir ese chiste. Como en la estampa de San Jerónimo, hay que imaginar junto a él una calavera. Y también, si se quiere, un león. Pero un león siempre mal domado, que es su propia imagen.

En la serie de salmos que tituló *Lágrimas de un penitente*, confiesa la intermitencia de su desencanto del mundo:

Nada me desengaña;
el mundo me ha hechizado...

Y hablando con Dios, o con su propia intimidad, llega a confesar:

-49-

Más ¡ay! que si he dejado
de ofenderte, Señor, temo que ha sido
más de puro cansado
que no de arrepentido...

Y aun, con más franqueza:

... No te oso llamar, Señor, de miedo
de que quieras sacarme de pecado.

En amor debió sentir parecidos intervalos de fe y de incredulidad, de apetencia y cansancio. Cantó a muchos nombres convencionales detrás de los cuales se escondían, sin duda, mujeres verosímiles. Cantó a Amarilis, a Aminta, a Flora, a Floralba, a Aldalia, a Jacinta, a Casilina, a Flor, a Marica, a Inarda, a Silena, a Manuela, a Cloris, a Floris y sobre todo a Lisi, de quien vivió muchos años enamorado. A veces gustaba imaginar que la intensidad de su amor era un motivo y una justificación de su inmortalidad:

Eterno amante soy de eterna amada.

Varias veces repite semejante afirmación en sus poesías amorosas. El Leteo no podía borrar el recuerdo de su amor. Aquel grito del cantar hebreo que proclama al amor más fuerte que la muerte, parece persuadirlo. No ya su alma: sus mismas cenizas -50- seguirán ardiendo de amor. Dos veces, por lo menos, se finge epitafios con esa idea:

Aún arden, de las llamas habitados,
sus huesos, de la vida despoblados.

Después admite que esa esperanza no fue sino ficción. La muerte es una soledad increíble, no compartida por nadie.

El Lete me olvidó de mi señora:
el Lete, cuyas aguas reverencio.

Así dice en la última poesía que escribió, no mucho antes de morir, a los 64 años de edad. Es un grito desgarrador lanzado al borde del sepulcro. Repite las viejas lecciones de su maestro el Desengaño y esboza una breve autobiografía -proyecto de epitafio- que vale la pena transcribir:

Yo soy aquel mortal que por su llanto
fue conocido más que por su nombre
ni por su dulce canto;
mas ya soy sombra sólo de aquel hombre
que nació en Manzanares
para cisne del Tajo y del Henares...

Su sobrino don Pedro Alderete, en nota a la edición de las poesías de Quevedo, nos informa que «Habiendo después de su última prisión de León vuelto a la Torre de Juan Abad, antes de irse a Villanueva -51- de los Infantes a curar de las apostemas que desde la prisión se le habían hecho en los pechos, ocho meses antes de su muerte, compuso «esa canción» en donde parece predice su muerte, publica su desengaño y da documentos para que todos le tengamos. Puede servirle de inscripción sepulcral» -añade.

Tal fue la última canción de «aquel mortal que por su llanto fue conocido más que por su nombre», el alegre Quevedo.

1945

2010 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

[Facilitado por la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes](#)

Súmese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#) www.biblioteca.org.ar

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#). www.biblioteca.org.ar/comentario

